

*Serie*  
**POPULAR**

EDICIONES  
**2**  
DTS  
MISTAGNE



# *Cuatro páginas de la vida*

Richard Widmark - Anne Baxter - Jeanne Crain - Jean Peters  
Charles Laughton - Marilyn Monroe - Dale Robertson  
Farley Granger - David Wayne - Gregori Ratoff



# Cuatro páginas de la vida

Cuatro magníficos asuntos del escritor William Sidney, famoso por su seudónimo O'Henry

Intérpretes: Richard Widmark, Anne Baxter, Jeanne Crain, Charles Laughton, Jean Peters, Marilyn Monroe, Dale Robertson, Farley Granger, David Wayne, Gregory Ratoff, etc.

Directores: Henri Hathaway, Henry King, Henri Koster, Jean Negulesco

Es un film TWENTIETH CENTURY FOX

Distribuido por HISPANO FOXFILM S. A. E.

BALMES, 114 — BARCELONA

EDICIONES BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

## CUATRO PAGINAS DE LA VIDA

(Argumento de la película)

Las "cuatro páginas de la vida" que se exponen a continuación son obra de un escritor versátil, de un norteamericano, que fué cronista de sociedad, humorista y técnico. Se llamó William Sidney Porter, pero es más famoso por su seudónimo: "O. Henry".

### I

#### EL POLIZONTE Y LA ANTIFONA

Cuando se insinuaron los síntomas del invierno, llegando el momento de establecer los planes necesarios para protegerse contra los rigores del frío, Soapy, "inquilino" de los parques públicos, fué expulsado por un guardia del banco que había convertido en su dormitorio.

Echó a andar hacia la ciudad. Horace, otro vagabundo, se juntó a él corriendo a través de un prado macilento y, luego de saludarle con sumo respeto, le preguntó:

—¿Tiene usted pensado ya dónde pasar el invierno, señor Throckmorton? \*

—Puedes llamarme Soapy, Horacio — indicó el majestuoso vagabundo con condescendencia.

—Gracias, señor —contestó Horacio—. No pensará en volver a la cárcel otra vez, ¿verdad?

—¿Y por qué no? — se sorprendió Soapy.

—Porque las cárceles ya no son lo de antes. Actualmente, casi todo el mundo puede entrar en ellas.

—Amigo mío, no debes dar crédito a cuantos rumores oyes. Basado en larga experiencia —aseguró Soapy—, puedo afirmarte que nuestra hermosa ciudad no tiene institución mejor que su sistema penal.

Continuó elogiando los calabozos y su comida, mientras se reía de los temores de su compañero. El prefería la ley a la filantropía. No era partidario del "Ejército de la Salvación", con sus limpias camas, sus baños y rezos obligatorios.

Duraba aún su perorata, cuando se interrumpió de pronto, con los ojos iluminados por una súbita inspiración. El motivo de la misma eran unos hombres alineados a lo largo del mostrador de un estanco.

Soapy, riendo entre dientes, arrebató el paraguas a uno de los caballeros que adquirirían sus cigarros matinales. El despojado protestó, como es natural.

—¡Eh, oiga! Ese paraguas es mío.

—Bueno, pues llame a un guardia y dígaselo — le desafió Soapy.

El hombre le miró atónito y tragó saliva. Soapy le contemplaba impertérrito y un poco alarmado de su silencio. A aquel paso nunca ingresaría en la cómoda cárcel.





—¿Por qué no llama al guardia y le dice que le he quitado su paraguas?

—¿Por qué no le llama y le dice que le he quitado su paraguas? Bien, si no lo hace usted, yo lo haré. ¡Guardia!

El individuo le cogió del brazo con mano temblorosa y murmuró:

—Perdone... Pero ya sabe cómo pasan estas cosas. Yo lo tomé esta mañana en un restaurante... por error, naturalmente.

Dicho esto, se alejó como alma que lleva el diablo, dejando marchitas las bien fundadas esperanzas de Soapy.

Este, no obstante, era hombre de recursos. De nuevo, la inspiración brotó en él al pasar con Horacio por delante de un lujoso restaurante. Se detuvo, aferrando con firmeza el paraguas.

—¿Qué te parece un poco de pato asado, para empezar, con una botella de Chablis, siempre y cuando lo tengan de una cosecha adecuada? Después, queso de Camembert, café y, desde luego, un buen puro. Considerando las circunstancias, conviene tomar un puro de a dólar. —¿Un dólar por un cigarro? — se maravilló Horacio.

—Amigo mío, en ocasiones como la presente, no se debe escatimar nada.

Mientras Horacio, con el estómago en vilo y los nervios de punta, le esperaba sentado en el bordillo, Soapy penetró en el restaurante. Media hora más tarde, había terminado un copioso almuerzo. Llamó con un gesto elegante al obsequioso camarero que le atendía.

—Un cigarro puro, por favor.

—¿Alguna marca especial, señor?

—Pues claro — tronó Soapy con acento ofendido.

El mayordomo se aproximó a su mesa.

—¿Le pareció bien el almuerzo, señor?

—El pato estaba algo pasado — respondió Soapy—. Creo que debiera usted decirselo al cocinero.

Los cigarros habían llegado. El vagabundo eligió cuidadosamente uno, protestando contra su escasa calidad, y lo encendió con la cerilla que le ofrecía el camarero.

—¿Desea algo más el señor? — indagó el mayordomo.

—La cuenta nada más — contestó Soapy, envuelto en una nube de aromático humo.

Inmediatamente tuvo la cuenta ante él. La revisó, dió una chupada al cigarro y la rasgó.

—Seguramente le interesará saber, buen hombre, que la más insignificante moneda y yo estamos reñidos hace mucho tiempo — dijo al camarero.

Cuando éste comprendió el significado de sus palabras, llamó al mayordomo y le expuso la situación. Soapy se vió levantado y arrastrado a través del restaurante hacia la puerta, en dirección de la cárcel. El gerente del establecimiento eligió aquel instante para aparecer.

—¿Qué le hacéis a ese señor? — tronó.

—Es que no tiene dinero — contestó el mayordomo.

—¡Después de haberse comido toda la carta! — agregó el camarero.

—Y olvidan mencionar que también pedí un cigarro de a dólar, aunque cualquier semejanza entre él y el tabaco será mera coincidencia — agregó Soapy cortésmente.

El gerente meditó.

—Suéltene — dijo al fin—. Lo perderá la casa. ¡Pobre hombre! A lo mejor tenía mucha hambre. Sáquene de aquí procurando no llamar la atención.

En vano protestó Soapy que era un ciudadano, que tenía sus derechos constitucionales y que debían encerrarle en una celda. Segundos después, él y el paraguas se reunían con el asustado Horacio.

Anduvieron un rato. Soapy se esforzaba por no perder su optimismo, ya muy debilitado. De repente lanzó un alarido de júbilo. Un guardia se ataba la bota. Soapy corrió hacia él levantando el pie...



Soapy corrió hacia el guardia levantando el pie...

Se le escapó un gemido. Resbaló y se estrelló contra el suelo. Había pisado una cáscara de plátano antes de alcanzar su objetivo. El guardia se apresuró a incorporarle.

—¿Se encuentra usted bien? — preguntó.

—Tendría que dar cuenta de usted por esto... — masculló, furioso, Soapy.

—Lo siento de veras, señor.

Soapy tenía el santo de espaldas. Fué inútil que arrojara un ladrillo contra la luna de un escaparate, porque la gente persiguió al desdichado Horacio como autor del desmán. También fué inútil que abordara a una joven en presencia de un agente y no escatimara frases que el guardia suponía equívocas, capaces de hacer perder la paciencia a cualquiera..., cuando, en realidad, dejaron como en sueños a la joven, al oírse llamar nada menos que "dama".

La noche y el frío sorprendieron a Soapy y a Horacio en las cercanías de una iglesia. Había tenido que convenirse de la inutilidad de sus esfuerzos para suscitar la cólera de la Ley. Se sentó en el muro del templo, escuchando la antifona que tañía el órgano e interpretaban las voces de los fieles. Recordó su juramento, sus padres, sus amigos y sus muchos pecados.

Invitó a Horacio a disfrutar de la paz religiosa.

Cinco minutos después, Horacio notó

que a Soapy le ocurría algo raro: estaba llorando. Le preguntó alarmado si se encontraba mal e intentó consolarle diciendo que al día siguiente tendría más éxito. Pero su amigo, al conducirlo hacia el exterior, circunstancia que Horacio aprovechó para birlar un sombrero, repuso entre sollozos:

—Lo que necesito es esperanza. ¡Fel! La seguridad de que no es demasiado





...a Soapy le ocurría algo raro: estaba llorando.

tarde para salir del cieno, para volver a ser un hombre digno...

Se interrumpió para sonarse al pie de una farola. Un guardia se aproximó a los dos vagabundos. Horacio lo advirtió y se escabulló. Pero Soapy, sumido en sus pensamientos, continuó inmóvil, hablando.

—Aún puedo resucitar mis antiguas ambiciones sanas y volar a su conquista. He de abandonar esta vida de disipación y holganza. Mañana iré al laborioso distrito de la ciudad baja y bus-

caré trabajo. Recuerdo que un comerciante en pieles me ofreció una vez un empleo...

—Bueno. Vente conmigo — exclamó el guardia con aspereza.

—¿Qué? Guardia, ¿qué he hecho yo? — protestó Soapy.

—Ya lo verás.

No tardó en encontrarse ante el juez de guardia, acusado de vagancia y de conducta sospechosa. Soapy intentó hablar en defensa de sus renovados idea-

les, olvidado de su anterior interés en ingresar en la cárcel.

—¿No habrá robado algún candela-labro? — preguntó el juez.

—No llevaba nada encima — reconoció el guardia—. Ni un céntimo.

—Noventa días de cárcel.

—¿Por qué? — chilló Soapy.

—Vagancia... Vago profesional.

Y mientras le conducían al calabozo, Soapy creyó oír la antifona que le había trastornado hasta el punto de borrar de su memoria sus planes para pasar el invierno cómodo y calentito.

## II

### LA ULTIMA HOJA

Johanna salió de casa de Sheldon como en sueños. Pero era real, excesivamente real: Sheldon la había abandonado por otra mujer.

Anduvo sin darse cuenta horas enteras por las nevadas calles, como una automática, ignorando el frío y los seres que la rodeaban. Fué más su instinto que su voluntad lo que la condujo a la entrada del edificio en que vivía con su hermana Susana.

Berhman, el corpulento y gruñón pintor, bajaba en aquel momento a la calle con un cuadro bajo el brazo.

—¡Johanna! — exclamó al verla—. Ya era hora de que volviesses. Tu hermana

está tan asustada que iba a llamar a la policía.

La joven no le prestó atención. Alargó una mano como para asirse de un apoyo invisible y se desplomó sobre la nieve.

Entre Susana y Behrman la subieron a la humilde casa. Minutos después un médico dictaminaba que sufría pulmonía. Susana, con un nudo en la garganta, miró instintivamente, sin verla, a la parra que, en el muro del otro lado del patio, azotaba el viento desnudándola de sus hojas.

Salió con el médico al descansillo de la escalera.

—¿Se salvará, doctor? — preguntó con ansiedad Susana.

—Es joven, no hay razón para que no se defienda bien — repuso el médico—. Buenos días.

Susana y Behrman se quedaron solos.

—¡Y todo por ese actor! — rugió el pintor—. Se lo dije más de cien veces.

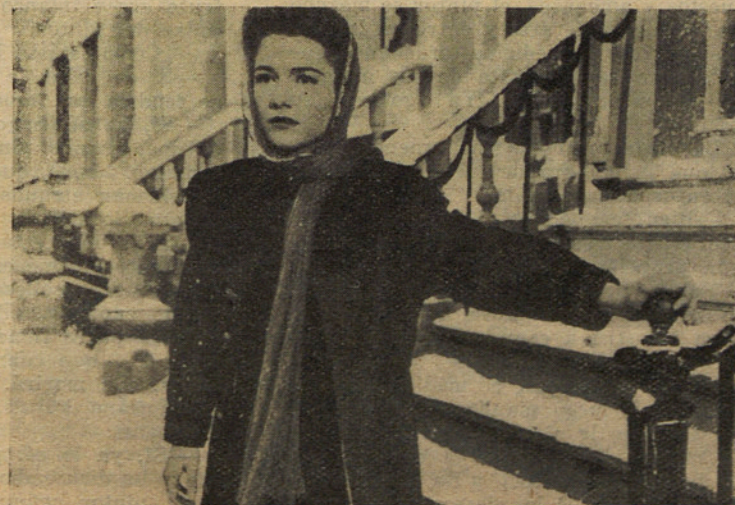
—Señor Behrman, por favor...

—¿Qué es lo que te pasa? — gritó el pintor—. ¿Por qué estás tan nerviosa? Ya oíste lo que dijo el médico. Es joven. Saldrá de esto y se pondrá buena, y le habrá servido de lección. Tú quédate con ella, qué yo traeré las medicinas. De todos modos, iba a vender este cuadro...

Mientras Susana intentaba animar a la enferma, Behrman fué a la farmacia



—Lo que necesito es esperanza... ¡Fe!



...la había abandonado por otra mujer.



a encargar la medicina, prometiendo volver un instante después a recogerla.

El pintor se dirigió a la Galería de Radolf. Su propietario, al notar su presencia, se dispuso a protestar, pero Behrman le atajó.

—Escúchame, Boris. Te doy mi palabra de hombre independiente y pobre. He hecho exactamente lo que tú me dijiste. Compré una manzana, una pera y un plátano; lo puse todo en una fuente y empecé a pintar, tal como tú me dijiste. Mira... ¡Otro Behrman!

El lienzo que exhibió el pintor consistía en una porción de manchas de color brillante, estriadas por otras de tono más oscuro. Radolf se llevó las manos a la cabeza y se negó a atender a la explicación estética de su interlocutor.

—¿Por qué no pintas por una vez algo que la gente pueda saber lo que es?

—Mira, hazme un gran favor —tronó Behrman—. No me digas lo que tengo que pintar.

—Behrman —exclamó Radolf con acento de súplica—. Somos antiguos amigos, ¿no? Inténtalo otra vez. Vuelve y pinta una manzana, una pera y un plátano.

—No puedo. Me lo comí todo —confesó el pintor—. Oye, ¿me comprarías este Behrman, si te doy mi palabra de honor de que lo intentaré otra vez?

—Está bien. Tres dólares.

Arguyó Behrman que siempre le había pagado cinco y replicó Radolf que los negocios iban mal. Profiriendo de nuestos y amenazas, el pintor se marchó de la galería de arte y entró en la farmacia. Pidió la medicina, ordenando que la cargara a la cuenta de sus amigas.

—Lo siento, señor. Ya agotaron su crédito.

Behrman protestó, sin el menor éxito, de que se hablara de crédito cuando la joven se hallaba mala.

—Bien, envuélvala, que ahora vengo —dijo tras reflexionar—. Voy a cobrar una pequeña herencia.

Volvió Behrman a la galería y, sin pronunciar una palabra, renunció a su obra maestra a cambio de los tres dólares ofrecidos.

Al día siguiente, el médico visitó a Johanna y luego mandó con el gesto a Susana que le siguiera. En la escalera le expuso el estado de la enferma. La medicina sólo ayuda a la naturaleza; todo depende de los deseos de vivir del

paciente y Johanna no quería vivir. El no podía hacer más.

Susana, mordiéndose los labios, regresó a su habitación. Su hermana no quiso probar el caldo que le había preparado. Miraba febril al ventanal de la pieza.

—¡Las cosas en que una se fija cuando está enferma! —murmuró—. Cosas de las que nunca se dió una cuenta...

—¿A qué te refieres? —preguntó Susana.

—A esa parra del patio. Ayer conté y tenía exactamente veintiuna hojas. ¿No te das cuenta? Yo tengo veintiún años. Ahora solamente quedan catorce. Me voy volviendo más joven. Dentro de un par de días habrán caído todas. Y cuando caiga la última...

Susana comprendió. El espíritu de su hermana, trastornado por la enfermedad, tenía la convicción de que su vida se extinguía al paso que desaparecían las hojas.

Pugró por no llorar. En el piso superior algo fué estrellado con fuerza contra el suelo. Johanna se negó a que se corriera la cortina. Otro nuevo choque en lo alto.

—¡Ese viejo imbécil! —chilló Susana exasperada.

—A mí no me molesta, Sue —aseguró Johanna.

Behrman trabajaba en el caballete, dando grandes zancadas y resoplando como si fuera presa de una tremenda agitación, cuando Susana entró en su destartalado estudio. Una fuente con fruta era el blanco de las furiosas miradas del pintor.

—¿Cómo está tu hermana?

—Si de veras le interesara su salud, no tendría que haber subido otra vez.

—Sí, ya sé, hago mucho ruido. Pero es que, cuando pinto, me enfado tanto conmigo mismo, que me olvido de todo.

Behrman enmudeció al descubrir que Susana lloraba.

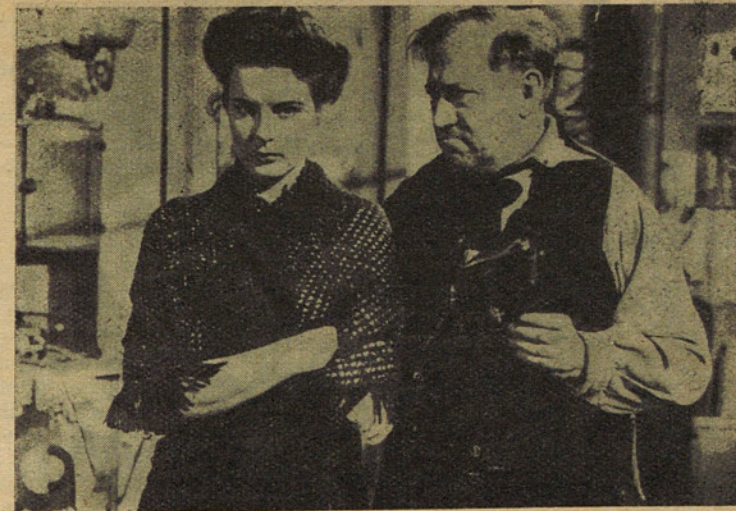
—¿Tan mal está? —preguntó al fin, asustado—. ¿Qué es lo que le ocurre?

—No sé —sollozó Susana—. Es difícil de explicar... Parece convencida de que esa parra tiene algo que ver con su vida. Y... que cuando caigan todas las hojas, ella morirá.

—Susana, eso es un absurdo —rugió Behrman.

—Sí, ya lo sé, pero... el modo como me lo ha dicho, ahora mismo...

El pintor comprendió. La joven co-



—Parece convencida de que esa parra tiene algo que ver con su vida.

menzaba a creer en la verdad de las quimeras de su hermana. Pasó su fornido brazo por el hombro de Susana y exclamó:

—Vamos, vamos. Tú estás muy cansada. Llevas muchas horas sin dormir y acabarás por enfermarse también. Anda, ve junto a tu hermana y te prometo que seré tan silencioso como un ratón. Un ratón muerto.

Susana le obedeció. Entró en su piso. Johanna contemplaba fascinada las hojas que se iban desprendiendo...

Era de noche. La enferma, como pudo constatar el médico, se había agravado. El día siguiente sería definitivo.

Susana miró por el ventanal. En la parra sólo quedaba una hoja. Corrió las cortinas y rompió a llorar.

De pronto, sonó en la escalera la estruendosa voz de Behrman cantando con entusiasmo. Debía de estar borracho. Susana miró a la enferma y al médico, que se habían quedado dormidos, y salió con los labios apretados en una firme línea.

No se había equivocado. Behrman se tambaleaba, sin dejar de cantar, a pesar de su inesperada aparición.

—¡Siga! ¡Cante usted! —dijo Susana con una nota de histerismo en la voz—. Hay que celebrarlo. ¿Qué le importa a usted Johanna? ¡Ya ha hecho cuanto ha podido para evitar que se ponga mejor!

—No te pido que me perdones. Tan sólo quiero que comprendas...

Behrman obligó a Susana a sentarse en la escalera. Y explicó con voz ronca:

—Ha sido hoy cuando, finalmente y por primera vez, me he dado cuenta de lo que realmente soy: un pintor de tres dólares. Mis cuadros no le dicen nada a nadie, porque no tengo nada que decir. Y cuando un artista llega a darse cuenta de eso, no le queda más camino que emborracharse. ¡Lo siento, lo siento!

—Señor Behrman, estoy tan angustiada, que ni siquiera me doy cuenta de lo que digo —se arrepintió Susana—. ¿Qué haremos? Ya le dije lo de las hojas. Ahora solamente queda una. Por la mañana habrá desaparecido y cuando Jo despierte... Eso no puede ser, ¿verdad?

—Valor, Susana —dijo Behrman levantándose de la escalera—. Y si de algo te sirve la palabra de un viejo imbécil, te digo que tu hermana sanará.

Extrañamente consolada por esta promesa, la joven volvió a su habitación. Por fin la venció la fatiga. Amanecía, cuando despertó. Johanna abrió los ojos casi al mismo tiempo que ella. Su primera mirada fué para la cortina del ventanal. En el exterior soplaban un viento iracundo.

—Deja que vea las hojas.

—¡No, ahora no! —chilló aterrada Susana.

—¡Por favor, Sue!

Susana corrió la cortina. En la parra se mantenía sólidamente una hoja. La





—...te digo que tu hermana sanará.

muchacha se alborozó, sobre todo al oír que su hermana aseguraba que tenía apetito. El médico aplaudió la decisión de Johanna y se despidió de ellas.

Más tarde se oyó la sirena de una ambulancia. En la escalera había un tumulto. Susana, que había salido a indagar, fué informada por las vecinas de que Behrman se había matado por la noche.

—Estaba loco, como todos los artistas —afirmó una mujer—. Fíjense; en plena noche vino a pedirme un farol. Pero era un buen hombre, la verdad.

Susana explicó lo ocurrido a la enferma.

—¡Lástima que no fuese mejor artista! —suspiró Johanna—. Yo nunca encontré pies ni cabeza a lo que pintaba.

Susana fué al ventanal para echar un vistazo a la ambulancia que partía en aquel momento. Luego, maquinalmente, miró a la parra. Una furiosa ráfaga de viento sacudió los sarmientos y entonces descubrió que su viejo amigo había pintado una hoja en el muro. Una hoja perfecta.



En la parra se mantenía sólidamente una hoja.

¡Había perecido para que fuesen dichosas!

Con los ojos llenos de lágrimas, se encará con la enferma.

—Creo que te equivocas, Jo. Era un gran artista —aseveró con voz vibrante—. ¡Algún día podré explicarte lo grande que era!

### III

#### “La LLAMADA DEL CLARION”

El detective Barney Woods penetró en la Comisaría para anunciar a su jefe que ya había cumplido el servicio que le había sido encomendado aquel día. El comisario, contento de él, le concedió unos días de permiso. El joven agente se disponía a iniciar las inesperadas vacaciones, cuando, al pasar por delante de la mesa de un compañero, llamó la atención un lapicero de oro con una inscripción.

—Es una pista en el asesinato de Norcross — le explicó su colega.

Era el único indicio que se poseía para resolver el misterioso crimen, cuyo autor debía de ser forastero. Encontraron el lápiz en la habitación de Norcross; sin duda, se le había caído al asesino. La inscripción rezaba: “Carreras de Camptown. 4 de julio de 1901”.

—Hay una bonita canción titulada así —musitó Barney—. ¿Me dejas que investigue yo un poquito?

—Si, claro, si crees que puedes encontrar algo mejor...

—Yo cantaba esa canción de muchacho — rió Barney.

Emprendió la investigación recorriendo varios hoteles, bares y hasta un gimnasio. Nadie conocía a Johnny Kernan, por quien el policía preguntaba. Finalmente llegó al “Royal”. Comenzaba a darse por vencido. Una risa estridente, procedente del bar, le dijo que había encontrado a Johnny Kernan.

Penetró en el recinto y se acodó en el mostrador, a cierta distancia de un hombre rubio, de camisa negra y corbata amarilla adornada con un rubí. Le sacudía una hilaridad espasmódica, sus gestos eran bruscos y amenazadores.

Barney simuló no fijarse en él. El desconocido se enderezó de pronto, anduvo de puntillas hasta el detective, le hundió el sombrero hasta los ojos y le dobló de un puñetazo en el estómago. Barney luchó por recobrar la respiración y miró a Johnny. Este abrió los brazos.

—El gran hombre. ¡Barney Woods! Me hubieses conocido en cualquier sitio con ese truco, ¿eh?

—Desde luego, en cualquier sitio —jadeó Barney.

—Dale algo de beber —ordenó Johnny al camarero—. ¡Dale de beber algo bueno!

El camarero se encogió amedrentado, mientras Johnny le amenazaba con dar-



—Me hubieses conocido en cualquier sitio con ese truco, ¿eh?



le un sopapo. El matón se calmó pronto y habló con Barney de años idos y de sus antiguos amigos. Así llegaron a tratar de canciones y el detective aprovechó la ocasión.

—No hay que olvidar "Carreras de Camptown".

—La mejor de todas. Este y yo ganamos un premio cantándola — explicó Johnny al aterrado camarero.

Obligó a éste a que cantara con él y con Barney. Luego reclamó imperiosamente que el auditorio aplaudiera con entusiasmo, que estaba muy lejos de sentir.

—¿Por qué no vamos a algún sitio donde podamos charlar? — propuso Barney.

—Sí, sí. De aquellos tiempos, ¿eh? Ven, arriba tengo una botella. Echaremos unos tragos. Recordaremos el pasado, ¿eh?

Johnny expulsó a bofetadas a una mujer que había en su habitación y buscó una botella. Mientras lavaba unos vasos, Barney le contemplaba en silencio, lo cual le molestó.

—Bueno, a ver. Cuéntame cosas. ¿Sigues trabajando en asuntos de hotel?

—No, Johnny. En la policía.

Johnny se encaró con él como si le hubiera picado una serpiente. Continuaba sonriente, pero no había alegría en sus ojos.

—¿Qué te parece! —exclamó burlón—. ¡El señor Honradez! No tuviste malos

comienzos. Aún recuerdo a Barney Woods, el mejor alumno de la clase.

—¿Y tú qué haces, Johnny? —inquirió Barney, pasando por alto su sarcasmo—. ¿Tan inquieto como siempre?

Le alargó el lapicero de oro. Johnny bebió un trago, examinándolo.

—El primer premio que conseguimos. ¿Qué habrá sido del que se llevó el doctor?

—No sé —respondió Barney—. Pero encontraron el tuyo en la casa de Norcross—. Hizo una pausa y agregó levantándose: Prepara tus cosas, Johnny.

Este introdujo su mano en el interior de la chaqueta. El puño de Barney salió disparado y Johnny se desplomó. No tardó en recobrarse del golpe; entonces su amigo le ordenó que le entregase la americana, de cuyo interior extrajo un revólver.

El asesino se levantó y tiró de un cajón, como si fuera a buscar un pañuelo. Pero lo que sacó fue otra arma.

—Siempre te llevo unos minutos de ventaja, Barney — se rió.

El detective le cedió el revólver de mala gana. No obstante, le conminó a que le siguiera.

—No me vas a detener —dijo Johnny—. Tienes que saldar una deuda.

—No cuentes con las cosas que pasaron — contestó Barney frunciendo el ceño.

—Para ti no pasaron, Barney. No me engañas. Tú siempre tendrás presente...

Le recordó el único tropiezo de su vida. Durante una partida de cartas, excitado por la bebida, Barney había firmado un cheque al descubierto y él, Johnny, le entregó el dinero necesario para salvarle de la cárcel. Poseía el cheque, cuyo pago aún estaba esperando.

—Y ahora quiero esos mil.

Barney se supo vencido. Buscó su sombrero y se marchó. Pero no estaba dispuesto a que su amigo le insultase. Le dolía más el incumplimiento de su deber que las acusaciones de su conciencia. Para saldar la deuda, retiró sus ahorros del Banco y pignoró tanto su póliza de seguros como su sueldo.

Johnny comía en el hotel suando Barney se sentó a su mesa. El detective, señalando la botella que había junto al plato del asesino, recordó que la bebida soltaba la lengua de los delincuentes.

—Es una ocasión especial, algo extraordinario. Esta noche me voy a Chicago — explicó Johnny.

—Ya tengo parte del dinero, casi trescientos dólares. Quiero que los tomes — anunció el policía.

Pero Johnny reclamaba los mil o nada. Aquello le iba de perillas. Barney era el único que podía acusarle y le tenía en su poder.

—Los archivos de la policía siempre están vivos, Johnny. Cualquier policía, de cualquier sitio, puede sospechar de ti. O cualquier otra persona. Podría ser como aquél —afirmó, señalando a un ca-

ballero de pelo entrecano—. Es Dave Bascom, editor jefe de "La llamada del Clarión".

Johnny se levantó de golpe y cogió a Bascom por el brazo. Al tener la certeza de que era periodista, por haberlo asegurado el interesado a una pregunta suya, se echó a reír.

—Ustedes descubren los crímenes, ¿eh? ¿Que me dice del asesinato de Norcross? ¿Qué han hecho ustedes? ¿Compró lo del taxi que iba entre las calles Treinta y Cuatro y Treinta y Cinco? ¿Y lo de aquella mujer que al atravesar la calle vió a un hombre entrar en la casa? No.

—¿No quería usted nada más? — dijo Bascom con sequedad.

Johnny se apartó bruscamente de él y volvió a la mesa, asegurando a Barney que las pistas proporcionadas eran falsas.

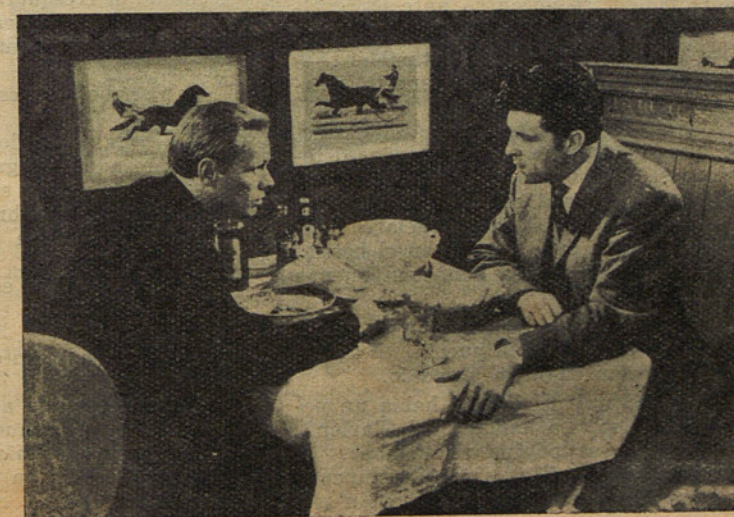
—Me parece que eres demasiado listo para nosotros, Johnny.

—Ya estoy cansado de verte, Barney. Vete por ahí.

El detective salió, en efecto, del hotel con el propósito de contar al comisario tanto su desliz como el aprieto en que se hallaba. Pero su jefe estaba ocupado. Pasó a otra habitación distraído; en el suelo vió un periódico: "La llamada del Clarión". Lo recogió y, de improviso, se marchó a buen paso de la comisaría hacia la redacción...



El puño de Barney salió disparado y Johnny se desplomó.



—Esta noche me voy a Chicago.





El asesino examinó, consternado, los billetes: los mil dólares.

Johnny subió al tren de Chicago, depositó la maleta en su asiento y fué al lavabo. Una vez en él, percibió un chasquido a su espalda. Era Barney.

—Te he traído una cosa — dijo a Johnny, ofreciéndole un sobre.

El asesino examinó consternado los billetes: los mil dólares.

—Ahora estamos en paz — le avisó Barney.

—Empezamos por el principio — rió Johnny—. Anda, puedes detenerme.

Golpeó la mandíbula de Barney, enviándole contra un rincón. Al levantarse, el policía se encontró ante el revólver de Johnny.

—¡Y en paz acabaremos también! — chilló el asesino—. ¡Buena suerte, Barney!

Apretó una, dos, tres veces el gatillo, sin que se produjeran las ansiadas detonaciones. Asombrado, miró al detective. Este le encañonaba con su arma.

—El gatillo está roto — aclaró Barney—. Cuando te lo devolví en el hotel... ¿Creíste que te lo iba a dar en buenas condiciones?

Empujó luego a Johnny con el cañón de su revólver hacia la puerta. El arrestado no comprendía lo sucedido.

En el umbral del lavabo había un periódico caído: "La llamada del Clarión". En su primera página anunciaba: "El Clarión ofrece mil dólares. Recompensa a quien pueda facilitar información que

permita la detención del asesino de Norcross".

Así pagó Barney una deuda y cobró el premio.

#### IV

#### EL REGALO DE LOS MAGOS

Della saludó en vano, desde la ventana, al señor Schultz, disfrazado de Santa Claus. El "elevado", que pasaba a unos metros por encima de sus cabezas, hacia ininteligibles sus palabras. Sacó la leche de la fresquera y cerró la ventana.

Jim ya estaba sentado a la mesa. Le sonreía con una taza de café entre los dedos.

—Ya sabes que es Nochebuena — dijo Della.

—Sí, claro que lo sé. Pero aún no te he comprado el regalo.

—Ya no quiero esa tiara de diamantes. Prefiero un abrigo de piel de foca. Es la única clase de piel que aún no tengo...

Bromeaba, claro está. Su mejor abrigo era de paño. Sin embargo, Jim afirmó muy serio:

—Bien, en cuanto termine de comer iré a comprarlo.

Aquello recordó a Della que no había preparado el almuerzo de su marido. Mientras lo disponía en una cajita, continuaron, medio en broma medio en serio, construyendo castillos en el aire.

Eran pobres; pero también eran jóvenes y se amaban. Hacía poco que se habían casado.

—Della — exclamó Jim de pronto—. Te resulta insoportable no tener esas cosas, ¿verdad?

—Te tengo a ti.

Se besaron. Uras campanadas les volvieron a la realidad. Lo cual no impidió que recordaran que se habían conocido un año antes, en una fiesta de Nochebuena. Ella se había sentido atraída por su gallardía y su magnífico reloj; él por su belleza, principalmente por su espléndida cabellera.

Bajaron juntos a la calle. Saludaron al señor Schultz e hicieron lo de siempre. Primero se detuvieron ante la tienda de muebles, recordando su parco mobiliario; después se pararon frente al escaparate de la tienda de antigüedades y, finalmente, ante la joyería.



...y, finalmente, se pararon ante la joyería

En ésta sufrieron el mayor sobresalto de su vida. Una señora se probaba las peinetas ambicionadas por Della. Jim se humedeció los labios, asustado. Pero la dama rechazó las peinetas.

—Menos mal que no las ha comprado — suspiró Della aliviada—. Con el pelo que tiene, hubiesen resultado horribles.

—Pertenecieron a una emperatriz china. Cuestan veinticinco dólares.

—Jim, ¿cómo sabes tú...?

—Pregunté el precio anteayer — con-

fesó su marido de mala gana—. Pensé que si no costaban demasiado...

—Vamos, que se te va a hacer tarde para la oficina.

Se despidieron. Della fué a la carnicería y defendió su capital comprando una exigua cantidad de salchicha. De regreso a su casa se detuvo en la joyería a contemplar una leontina de platino. Su precio era veintidós dólares y medio. ¡Qué bien estaría el reloj de Jim con ella!

Una vez en su piso, buscó sus ahorros en un azucarero vacío. Los contó febrilmente. Las economías ascendían a un dólar ochenta y siete centavos. ¿Qué podía hacer con una cantidad tan ridícula? Preocupada por este pensamiento, comenzó a arreglar su hogar. Luego se acercó a la ventana. En la casa frontera había un letrero: "Artículos de Peluquería, Maurice".

¡Aquella era la solución! Las alegrías bien merecen un sacrificio! Minutos después, con el corazón en la boca y las piernas temblorosas, se enfrentaba con Maurice.

—¿Compra usted cabello?

—Si es bueno, sí — contestó Maurice.

La llevó a la sala. Della se quitó el pañuelo de la cabeza. El peluquero lanzó un grito de admiración.

—¡Oh, señora! ¡Es magnífico! ¡Es



maravilloso! Le daré a usted veinte dólares.

—¿Veinte? —gimió Della—. Necesito... bueno, quiero decir, ¿no podría usted darme un poquito más? Por ejemplo, veintidós cincuenta.

—Veinte es lo que pago por esta clase y longitud. Lo toma o lo deja.

Della se resignó. Maurice empezó a utilizar la tijera...



Della se resignó. Maurice empezó a utilizar la tijera...

Jim trabajaba con los ojos clavados en el reloj. ¡Qué pesados resultaban los libros de caja en un día como aquél! Comunicó este pensamiento a su vecino y palideció al oír que el señor Crump, el propietario, vociferaba su nombre.

—¡Señor Young! Parece que pone usted demasiado interés en ver siempre la hora que es. Quiero recordarle que el tiempo que emplea en ello es el que yo le pago a diecisiete dólares con cincuenta por semana.

El señor Crump siguió hablando por el mismo tenor hasta demostrar que cada minuto de Jim le costaba medio centavo. Dejando a sus espaldas el terror, el propietario se marchó.

—Yo pensaba que nos permitiría salir antes —protestó alguien—. Tengo que comprarle algo a Margaret. ¿Qué le vas a comprar a tu mujer?

—No sé —repuso Jim, que era el preguntado—. Depende del regalo que nos haga por Navidad el viejo Crump. Y no creo que sean quinientos dólares.

Había acertado. El señor Crump los visitó por última vez aquel día comunicándoles que, dado el estado de sus negocios, sólo les entregaría un aguinaldo de tres dólares...

Della se hallaba en aquel instante en

la joyería de Menkie. Admiraba el futuro regalo de Jim.

—Es la única leontina que he visto tan bonita como su reloj. No se trata de un reloj corriente. Fué de su padre y de su abuelo. Y lo heredará... claro... si tenemos un hijo...

—Lo tendrán. Y será varón —afirmó Menkie—. Esta leontina le traerá suerte, ya lo verá.

—Señor Menkie, no tengo más que veintiún dólares y ochenta y siete centavos —tartamudeó Della—. Pero necesito la leontina esta noche. ¿No podría... pagarle la diferencia más adelante?

—¿Cuándo es más adelante? —gruñó el joyero—. ¿Cree usted que quiero sacarle jugo a las piedras? A usted le haré un precio especial. ¡Veinte dólares!

Della, con una exclamación de agradecimiento, le dió un beso, llenando de con-



—Señor Menkie, no tengo más que veintiún dólares y ochenta y siete centavos...

fusión al joyero. De camino a su casa, entregó a Santa Claus el dólar y pico que le había permitido ahorrar la generosidad del señor Menkie.

Pero una vez en su piso, frente al espejo, la joven retrocedió horrorizada. Su cabello corto la cambiaba por completo; parecía un chiquillo. Sonaron los pasos de Jim en la escalera. Precipitadamente, apagó el mechero de gas. Su marido entró y, sin hacer caso de sus ruegos, encendió la luz.

Al ver su pelo se quedó boquiabierto, como si estuviera a punto de llorar. Della le abrazó desesperada.

—¡No, Jim! ¡No me mires así! —suplicó—. Me lo corté y lo vendí, porque no deseaba pasar estas Navidades sin hacerte un regalo.

—¿Te cortaste el cabello? —murmuró Jim—. No puedo creerlo. Tu cabello... ¡desaparecido!

—Jim, dime que no te enfadas, que



Unas voces cantaban al pie de su ventana...



me quieres lo mismo. Aunque no sea verdad, dímelo.

Totalmente azorada, le forzó a que aceptara el paquete que contenía su presente. Su esposo palideció y se ruborizó sucesivamente al entregarle un estuche.

—Al venir a casa me detuve un momento a comprarte una cosilla.

—¡Jim! —se alborozó Della; pero se calmó de pronto—. ¿No serán...?

En efecto, eran las peinetas. Con un ademán de valentía se las clavó en el pelo, en el cual resaltaban ridículamente.

—Mi cabello crece muy de prisa, Jim —tranquilizó a su esposo—. Pero tú no abriste tu regalo, cariño.

El joven, recobrado de su asombro, desenvolvió el paquete. La leontina bri-

lló al ser herida por la luz. Jim tragó saliva con dificultad.

—¿Verdad que es preciosa? —exclamó Della—. Ponla en el reloj, a ver...

Esta vez fué Jim quien se abrazó a ella en busca de apoyo moral para efectuar una confesión.

—Della, cariño... Verás... es que vendí mi reloj para comprarte las peinetas... Se besaron riendo.

Unas voces cantaban al pie de su ventana. Era un grupo de chiquillos dirigidos por el señor Schultz.

Desafiando el frío, Della y Jim se asomaron dichosos. Sus inútiles regalos les habían probado de un modo concluyente cuál era la fuerza de su amor.

F I N

*Titulos publicados:*

Mi prima Rachel  
Ultimatum a la tierra  
Operación Cicerón (Cinco dedos)

*En preparación:*

Un grito en el pantano

*En breve:*

Colección de 120 fotogramas de la película **La última flecha** en sobres, con el correspondiente álbum.

EDICIONES BISTAGNE  
Pasaje de la Paz, 10 bis - Barcelona





**EDICIONES BISTAGNE**  
(FRANCISCO-MARIO BISTAGNE)  
PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS  
**B A R C E L O N A**

